



1914

THE
LIBRARY OF THE
MUSEUM OF NATURAL HISTORY

LA BIBLIOTECA MUSEO

DE LA HISTORIA NATURAL

DE LA HISTORIA NATURAL



DE LA HISTORIA NATURAL

**EL CASAMIENTO DESIGUAL,
Y LOS GUTIBAMBAS Y MUZIBARRENAS.**

(Es una imitacion de Moliere.)

PERSONAS.

JUAN.

ALCALDE.

PERICO.

PANTALEON.

URRACA.

D. LUIS.

D. ANTONIO.

JOSEFA.

SINFOROSA.

UN CRIADO.

ACOMPAÑAMIENTO.

Calle: y sale JUAN vestido de serio á lo payo.

JUAN.

Todos los que fueren tontos
dicen que tengan paciencia:
yo soy tonto, pero á mí
me es imposible tenerla.
¡Ay! caséme. ¿He dicho mucho?
pues mas que decir me queda;
y si se dijere todo,
¿conversacion larga era!
¡Ah, como es mi casamiento
una leccion estupenda
para los plebeyos que
se casaren con noblezas!

Sale ALCALDE.

¿Juanillo Redondo? usted
perdone la inadvertencia,
me olvidé hoy de su acierto,
y que ya llamarle es fuerza
señor D. Juan.

JUAN.

¿Pues qué cosa
he logrado yo, ó qué hacienda?

ALCALDE.

¡Ah! es una chilindrina!
Subir desde la llaneza
de su linaje á enlazar
con la familia mas llena
de blasones de la villa.

JUAN.

¿Y qué le sirve al que trepa,
trepar mucho, si despues

se cae, y cae de cabeza?

ALCALDE.

No entiendo.

JUAN.

Suele haber cosas
raras en esta materia.

ALCALDE.

¿Pues qué ha sido?

JUAN.

En dos palabras:

que ayer rico y libre era,
y hoy soy esclavo, y soy pobre;
y si Dios no lo remedia,
mañana seré lo peor
que hay que ser sobre la tierra.

ALCALDE.

¿Cómo?

JUAN.

Ya se apoderaron
mis dos suegros de mis rentas:
mi muger triunfa y malgasta:
gusta de bailes y fiestas:
me destruye mis caudales
en la muchedumbre inmensa
de sus hambrientos parientes;
y si quiero reprenderla,
dice: que para eso es noble,
y que yo soy un trompeta,
que no debo hacer sino
callar y soltar pesetas,
aunque ella haga lo que haga.

y yo vea lo que vea.

ALCALDE.

¿Y á eso, qué dicen sus padres?

JUAN.

Que su hija es muy discreta,
muy prudente, muy juiciosa,
muy virtuosa y muy bella,
porque es noble, y que yo soy,
porque no gozo la misma
esencion, un mal nacido,
un picaronazo, un bestia.

ALCALDE.

¿Pero de vuestra muger
teneis alguna sospecha?

JUAN.

No: aunque ella es alegrita,
y en viendo que alguno llega
de Madrid, ú de otra parte,
se pone muy petimetra:
dice que quiere tertulia,
y anda el fandango y la gresca.

ALCALDE.

¿Y eso es malo?

JUAN.

Puede serlo.

Pero en fin, noble ó plebeya,
ya es mi muger, y yo soy
su marido ya; y mi tema
es que no quiero perder
mi caudal, ni que se pierda.

ALCALDE.

Vos decis bien, Juan Redondo:
manteneos norabuena
en esa resolucion;
en todo obrad con prudencia,
y si os dieren que sentir,
ó algun agravio en la hacienda,
ó en la estimacion, callad,
y dejadlo por mi cuenta,
que á esos señores yo haré
mirar que la diferencia
de los linajes es menos
que la union que hizo la iglesia;
y á Dios, que parece que anda
por ahí la gente de fiesta,
y voy á procurar que
sin perjuicio se diviertan. (*Vase.*)

JUAN.

Señor Alcalde, mil gracias:
vaya usted con Dios. El piensa,
sin duda, que suegro hambriento,

y necesitada suegra,
y una muger loca y vana,
son gentes que se sujetan
fácilmente; pero en fin,
bueno es, por lo que suceda,
tener de su parte un hombre
la justicia. Pero aquella
es mi casa. ¡Solamente
de ver la fachada tiembla
un hombre! ¿Qué será al ver
todo lo que hay dentro de ella?
¿Si habrán merendado con
mi ilustrísima parienta
mis nobles suegros, y el resto
de su hidalga parentela? (*Sale PERICO.*)
¡Mas, ola! ¿Qué hombre es aquel
que parece que á reserva
sale de mi casa?

PERICO.

¡Malo!

ya no haré la diligencia,
pues allí un hombre me mira,
sin que ninguno me vea.

JUAN.

El se ha parado.

PERICO.

¡Buen chasco
fuera el que este dijera
que me vió salir de aquí!

JUAN.

A Dios.

PERICO.

Tenga usted muy buenas
tardes.

JUAN.

¿Usted es forastero?

PERICO.

Señor, soy mozo de espuela,
que he venido aquí con unos
señores desde Ballicas.

JUAN.

¿Y viene usted de esa casa?

PERICO.

Chis. (*Puesto el dedo en la boca.*)

JUAN.

¿Cómo?

PERICO.

Chis.

JUAN.

¡Linda treta!

¿Por qué?

PERICO.

Chito, y no decir
que me visteis salir de ella.

JUAN.

¿Pues por qué?

PERICO.

¡Ahí no es nada!

JUAN.

No: decidlo.

PERICO.

Dejad vea
primero si hay quien nos oiga.

JUAN.

Naide, naide.

PERICO.

Pero cuenta,
que habeis de guardar secreto.

JUAN.

¡Seguro está que se sepa
por mí!

PERICO.

Pues yo, amigo, vengo
de hablar á una damisela
que vive ahí, muy hermosa,
y muy rica, y á traerla
un recadito de parte
de dos señores que intentan
cortejarla; ¡mas cuidado
con no despegar la lengua!

JUAN.

Muy bien está.

PERICO.

Su marido,
segun dicen, es un bestia,
y un celoso, que no gusta
que á su muger la hagan fiestas.
¿Usted ya me entiende?

JUAN.

Sí.

PERICO.

Pues chito, y allá se avengan.

JUAN.

¿Y quién son?

PERICO.

Los dos mejores
caballeros que pasean
por España. ¿Quereis creer
que por esta diligencia,
que ya veis que no es trabajo,
me han dado cuatro pesetas
cada uno?

JUAN.

¿Y el recado,
últimamente, qué era?

PERICO.

Que si gusta que mañana,
ó luego, á visita vengan,
ó que esta noche en el baile
que hay en la plaza la esperan.

JUAN.

¿Y se lo habeis dicho?

PERICO.

No:

pero tiene una mōzuela
por criada, que en mi vida
he visto cosa mas bella
para atender á un recado
de tanta importancia. Y esta,
dice: que se lo dirá,
y aun la dará estratajema,
para que á pesar del bruto
del marido se divierta.

JUAN. (*Aparte.*)

«¡Ah insolente!»

PERICO.

¡Ya es alhaja

la tal criadita!

JUAN. (*Aparte.*)

«¡Ah perra!»

PERICO.

¡El rabiará!

JUAN.

¡Creo que sí!

PERICO.

Mande usted. La boca seca,
y no decir nada á nadie,
porque el otro no lo sepa.

JUAN.

Bien está.

PERICO.

No sea usted el diablo:
cuidado, porque no crean
que soy hablador: callad.

JUAN.

Ya quedo con la advertencia.

PERICO.

Bien, bien: ¡verá usted que risa
tendremos, si usted me encuentra
en el baile, de ver que
pegarla al marido intentan! (*Vase.*)

JUAN.

¡Antes pegues tú y los otros

contra una esquina las muelas!
¿Ahora bien, seor Juan Redondo,
en ocasion tan estrecha
qué ha de hacer usted? ¿qué?
callar, ¡que fuera indecencia
profanar, con un garrote,
de tu esposa placentera
las nobles costillas! ¡Ah
desigualdad! ¡cuál sujetas
la libertad de un marido!

¡Estoy por darme trescientas
bofetadas en castigo
de mi ambicion majadera!

¡Ay, ay nobleza, y qué cara
por todas partes me cuestas!

¿Pero callaré? no, no:
su padre y su madre sepan
la alhajita que es su hija;
y si ellos no lo remedian,
entonces.... pero ellos salen,
¡Dios me la depare buena!

*Salen D. PANTALEON y DOÑA URRACA á
la antigua.*

PANTALEON.

¡Yerno mio! ¿Mas parece
que da ese semblante señas
de triste?

JUAN.

Tengo de qué.

URRACA.

¿Qué no hay forma de que seas
político con las gentes,
yerno, cuando se te acercan?

JUAN.

Suegra, pende de que hay cosas
que á un cristiano le desvelan.

URRACA.

¡Esa es otra! ¿Que tampoco
cuides de mis advertencias,
que no te has de acostumbrar
á decir cuando me veas,
con veneracion, señora,
y no suegra?

JUAN.

¡De manera,
que como me llamais yerno,
yo tambien os llamo suegra!

PANTALEON.

¿Pues qué ha habido?

JUAN.

¡Mi muger!...

PANTALEON.

¡Esta sí que es insolencia,
hablando de nuestra hija,
decir mi muger!

JUAN.

¡Me lleva

Barrabás! ¿Pues mi muger,
no es mi muger?

URRACA.

Cosa es cierta:

mas si te hubieras casado
con otra villana necia
como tú, dirias lo mismo.

JUAN. (*Aparte.*)

«¡Ah, Juan Redondo, en qué gresca
te has metido por tu boda!»
Pues, señor, sea enhorabuena;
y dejando por un rato
aparte tanta nobleza,
permitid que os diga en pocas
palabras, pero muy buenas,
que estoy poco satisfecho
del casamiento.

URRACA.

¿Qué queja

podeis tener de una cosa
con tantas ventajas vuestras?

JUAN.

¿Y qué ventajas, señora?
¡Habrás pedazo de bestia!
mas ventajas creo tendrán,
¡se verá tal conchufleta!
los hambrientos que á mi costa
tienen las barrigas llenas,
y han hecho de mi dinero
apoyo de su soberbia.

PANTALEON.

¿Pues por tan poco contais
enlazaros con la escelsa
casa de los Gutibambas?

URRACA.

¿Y de los Muzibarrénas,
de quien desciendo, blasones
de una altura tan inmensa,
que el plumaje del morrion
se roza con las estrellas?

JUAN.

Sí: mis hijos serán Guti-
bambas y Muzibarrénas:

mas yo seré un gran cabestro,
si el cielo no lo remedia.

PANTALEON.

¿Y qué quiere decir eso?

JUAN.

Eso es, porque usted lo entienda,
que vuestra hija no vive
como Cristo nos enseña.

URRACA.

¡Mira bien lo que te dices,
que mi familia está llena
de virtudes, y no ha habido,
gracias á Dios, en toda ella
quien se descuide con un
pecado venial siquiera!

JUAN.

Tampoco los de la niña
discurro yo que lo sean.

PANTALEON.

¿Pues qué hay?

JUAN.

Esos señores,
que han venido de Ballecas,
os contarán como gusta
de tener correspondencia.

PANTALEON.

¡Mi hija! ¡no fuera mi hija!...

URRACA.

¡Ni noble, si tal hiciera!

PANTALEON.

Dí la verdad, que si es cierto,
yo te haré justicia seca.

JUAN.

Ya respondo. ¡Pero tate,
que los dos aquí se acercan.

PANTALEON.

Pues entra tú á examinar
á la niña mientras llegan.

URRACA.

Voy.

(*Vase.*)

PANTALEON.

Tú calla, majadero,
y déjalos por mi cuenta.

JUAN.

¡Vea usted si tienen estos
cara de hacer cosa buena!

Salen D. ANTONIO y D. LUIS.

LUIS.

A mala ocasion venimos,

pues si no mienten la señas,
el padre y marido son
los dos que están á la puerta.

ANTONIO.

¿Y qué se nos dá á nosotros?

PANTALEON.

Estoy á vuestra obediencia.

¿Me conoceis?

ANTONIO.

No tenemos

tanta fortuna.

PANTALEON.

Pues sepan,

que soy D. Pantaleon
Gutibamba de Contreras.

LUIS.

Nos alegramos.

PANTALEON.

Yo sé

por cierto el que ustedes zelan,
visitan, cortejan, rondan,
á una señora, que es esta,
que vive aquí, y es mi hija.
Con que les ruego que cedan
por mí y ese pobre hombre,
á quien hoy le privilegia
el honor de ser mi yerno,
para que seguro duerma.

LUIS.

El que lo ha contado miente.

ANTONIO.

Y el que lo ha dicho es un bestia.

PANTALEON.

Vaya, vaya, señor yerno.

JUAN.

¿Q é?

PANTALEON.

Responda.

JUAN.

¿Qué respuesta

he de dar?

PANTALEON.

Sacar la espada,
y sostener, en defensa
de vuestra verdad, el punto,
ó que os corten la cabeza.

*Salen DOÑA URRACA, DOÑA JOSEFA y
SINFOROSA, criada.*

URRACA.

Señor marido, esto es

un enredo, una insolencia
de nuestro yerno villano.

JOSEFA.

Señor, con vuestra licencia,
me retiraré á un convento,
que si mi marido empieza
á pagar con menosprecios
mi cariño y mis finezas,
me moriré.

SINFOROSA.

Y yo tambien
soy capaz de caerme muerta.

JUAN.

¡Calla tú, gran picarona,
solemnísima embustera!
¡calla, que tú no eres hija,
ni de los Mucibarrenas,
ni de los Gutibambas y
te derribaré las muelas!

JOSEFA.

Este es un gran testimonio.
Si alguna culpa se encuentra
en mí, solo es el querer
á un marido, que me afrenta
mas, cuanto yo mas le adoro.

JUAN.

¡Habrá mayor embustera!

URRACA.

Yerno, tú eres un bribon,
y al fin hombre sin nobleza.

LUIS.

No merece usted muger
tan virtuosa y tan buena.

PANTALEON.

Vamos, pídela perdon
de tus injustas sospechas;
y despues á estos señores.

JUAN.

Quién, y....

PANTALEON.

Deja frioleras,
dá la satisfaccion, y
para otra vez escarmienta.

JUAN.

Yo....

PANTALEON.

Vamos.

JUAN.

Antes me ahorcara.

ANTONIO.

Esto nace de simpleza,

sin educacion; y así,
ya que la ventura nuestra
nos arrojó á los umbrales
de una casa tan escelsa,
contad con aquestos dos
escuderos mas.

LUIS.

La mesma
espresion hago yo, aunque
soy mas corto en mis arengas.

(*Vanse los dos.*)

PANTALEON.

Pues vaya, esto se acabó:
para que no se trascienda
por el lugar, vámonos
á recoger; y tú entra
en casa, y procura ser
en todo digna hija nuestra
como hasta aquí, que Juanillo
ahora está como una piedra
en bruto, pero ya iremos
labrándole.

JUAN.

La paciencia.

JOSEFA.

Padres, la mano.

(*Bésalos la mano.*)

URRACA.

¡Qué humildad.

PANTALEON.

¡Lo mismo es que una cordera!
Juan á costar. (*Vase.*)

URRACA.

Buena noche. (*Vase.*)

JUAN.

Téngalas usted muy buenas:
vamos.

JOSEFA.

Vete tú, si quieres,
que yo me quedo á la puerta
un rato á cojer el fresco.

JUAN.

Sea muy enhorabuena.
¡Qué hasta el acostarse tarde
sea blason de nobleza! (*Vase.*)

SINFOROSA.

¿Quién diablos se lo habrá dicho?

JOSEFA.

Tú fuiste muy loca y necia
en fiarte de Perico;
y como eso te acontezca

otra vez, te irás de casa.

SINFOROSA.

Hacia aquí viene la gresca.

¿No se le bailan á usted los pies?

JOSEFA.

Sí, pero paciencia: diviértete bien, Antonia.

Salen los del baile y ANTONIA.

ANTONIA.

¿Pues qué tú no vienes, Pepa?

JOSEFA.

No puedo, amiga.

SINFOROSA.

El maldito

villano nos tiene presas:

reniego de su prosapia.

ANTONIA.

Vamos, darás una vuelta,

y luego podrás volver.

JOSEFA.

No quiero, que si nos echa menos, rabiará.

SINFOROSA.

Ea, vamos.

ANTONIA.

Vaya muger, no seas necia.

JOSEFA.

Vaya, vamos; pero yo

al instante doy la vuelta.

ANTONIA.

Diviértete, no seas tonta.

TODAS.

Ande la bulla y la gresca. (*Vanse.*)

(*Asómase á una ventana* JUAN *en mangas de camisa y gorro.*)

JUAN.

¡Mas que no quiere acostarse esta noche mi parienta!

¿Pepa? Sí, ya. ¿Ilustre esposa?

¿Señora doña Josefa?

¡Mas cuánto vá que se ha ido

á correr el gallo! ¿Pepa?

¿Muchacho? ¿No me respondes?

Sale el CRIADO.

CRIADO.

Aquí estoy, señor, ¿qué ordenas?

JUAN.

¿Y tu ama?

CRIADO.

Yo la he sentido hablar estando á la puerta, y no ha entrado.

JUAN.

¿Y la criada?

CRIADO.

Tambien estaba con ella; sin duda que se habrán ido á la funcion.

JUAN.

¡Sí! pues cierra

la puerta, y vete corriendo, y dí á mis suegros que vengan luego, luego, que es preciso para cierta diligencia; y si hallares al Alcalde, te le traerás por contera. Corre.

CRIADO.

Voy.... (*Vase.*)

JUAN.

A ver si así

puedo lograr se me crea.

Yo la aseguro.... ¡mas ola!

parece que gente suena.

Salen JOSEFA, SINFOROSA *y los de la funcion.*

JOSEFA.

Váyanse ustedes, porque

si mi marido despierta,

tendré yo una pesadumbre.

JUAN. (*Aparte desde la ventana.*)

¡Tarde has echado la cuenta!

TODOS.

A Dios.

(*Vanse.*)

JOSEFA.

A Dios.

SINFOROSA.

Al encierro.

JOSEFA.

Entremos sin que nos sienta, de puntillas.

SINFOROSA.

¡Ay, señora, que está cerrada la puerta!

JUAN. (*Aparte desde arriba.*)
 «¡Y bien cerrada!»

JOSEFA.
 ¿Hijo mío,
 de cuándo acá te desvelas
 tanto?

JUAN.
 Madrecita mía,
 es para ver tus finezas.

JOSEFA.
 Manda que abran.

JUAN.
 Fué el criado
 á hacer una diligencia.

JOSEFA.
 Pues baja tú.

JUAN.
 Estoy descalzo,
 y me resfriaré las piernas.

JOSEFA.
 Baja, ó me enfado.

JUAN.
 Dos males
 tendrás, y tres si no cenas.
 Amiga, llegó mi hora,
 y de que tus padres vean
 las virtudes de los Guti-
 bambas y Muzibarrenas.

JOSEFA.
 ¡Esto es peor! Mátame tú,
 y mis padres no lo sepan.

JUAN.
 Ya lo saben á estas horas.

JOSEFA.
 Abreme, ó con las tijeras
 me atravieso entrambas sienes.

JUAN.
 ¡Con que en una bien te dieras,
 estábamos despachados!

SINFOROSA.
 Haga usted esta fineza,
 si no por mi ama, por mí.

JUAN.
 ¡Bravo empeño se atraviesa!

SINFOROSA.
 Pues, señora de mi alma,
 ama mía, miedo fuera,
 y matémonos entrambas,
 que á bien que en viéndonos muertas,
 no hallándose aquí otro reo,
 morirá ahorcado por fuerza.

JOSEFA.
 ¿No abres?

JUAN.
 No.
 JOSEFA. (*Fingiendo herirse.*)

Pues á morir.
 ¡O qué infelice tragedia...! (*Cae.*)
 SINFOROSA. (*Fingiendo herirse.*)
 Yo también muero con mi ama. (*Cae.*)

JUAN.
 ¡Dios os dé la gloria eterna!
 JOSEFA.
 Ponte aquí debajo donde
 los bultos no vea, aunque quiera.

JUAN.
 ¡Ya procurarán matarse
 de modo que no les duela!
 ¿Ah, muchachas? ¿No responden?
 ¿No? ¡Pues ellas son tan buenas,
 que porque me ahorquen, quizá
 se habrán matado á sí mismas!
 ¿Quereis entrar? ¿No lo digo?
 voy á tomar mi linterna,
 y á ver que es esto. ¿Qué va
 que esta noche hay mil tragedias?
 Si ellas se han muerto, en camisa
 no pararé hasta Ginebra.... (*Vase.*)

JOSEFA.
 ¡Cuidado con avanzar
 al tiempo que abra la puerta!

SINFOROSA.
 No, que ya está acobardado,
 mejor es estar alerta,
 dejar que salga, y entonces
 cerrar, y dejarlo fuera.
Sale JUAN en camisa, con linterna, y
ellas se entran.

JOSEFA.
 ¿Salió ya?

SINFOROSA.
 Sí, ya salió.
 Vamos presto, no nos vea.
 (*Se entran en la casa sin que las vea*
JUAN, y él se queda fuera.)

JUAN.
 ¡Bien dicen, que la muger
 aburrida, es mala bestia!
 ¿mas dónde están? ¿se habrán ido
 á recojer la verbena?
 No parecen; ¡pero á bien
 que por mío el campo queda!

Salen D. PANTALEON y DOÑA URRACA con quitasol y farolón.

PANTALEON.

¡Muy fresquita está la noche!
¿Qué embajada será esta?
¡Sin duda que nuestro yerno
ha dado en otra simpleza!

URRACA.

¡Qué podrá ser sino alguna
de sus muchas frioleras!

Sale el ALCALDE y otro.

ALCALDE.

¿Qué ha habido aquí? La justicia.

JUAN.

Ya está la gente completa.

JOSEFA.

(A la ventana con SINFOROSA.)

¡Ay padres del alma mía!
Venid, que estoy casi muerta,
¡y ved á qué hora me tiene
ese picaron en vela!

SINFOROSA.

¡Ved cómo viene, y á la hora
que sale de la taberna!

JUAN.

¡Eso es bueno!

JOSEFA.

¡Yo no puedo
sufrir vida tan inquieta
para el alma y para el cuerpo!

JUAN.

¡Esto es mejor!

URRACA.

¡Qué insolencia!

JUAN.

¡Parece que me han echado
una travilla en la lengua!

URRACA.

¡Jesus! Pónganle una capa,
que me corro de vergüenza
de ver un hombre en camisa.

JUAN.

Yo....

PANTALEON.

Por Dios me tengan,
ó hago un disparate.

Sale JOSEFA.

¡Ay padre!

SINFOROSA.

¡Ved si es malo, pues se juega
hasta los propios vestidos!

JUAN.

Señor, que es una embustera,
que ella es la que se ha escapado
de casa, y para cojerla
en el garlito os llamé.

PANTALEON.

¿Cómo es fácil que desmientas
las picardías, cogido
in fraganti?

ALCALDE.

Haya flema:

que á la señorita yo
la ví en el baile; por señas
que estaba con dos alanos
forasteros á la oreja.

JUAN.

Y hasta la puerta de-casa
no desasieron la presa.

PANTALEON.

¿Pues cómo están ellas dentro
cerradas, y él está fuera?

JUAN.

¿Cómo al salir yo á buscarlas
me jugaron esa pieza?

Sale el CRIADO con una casaca.

CRIADO.

Tome usted luego la ropa,
que está la noche serena.

JUAN.

¡Ved si vengo de jugar
los vestidos!

PANTALEON.

¡Mucho aprietan
estos testigos!

URRACA.

Aprieten,

ó no, la razon es nuestra,
que él es plebeyo, y nosotros
nobles por naturaleza.

JUAN.

¡Malditos sean mis suegros,
y maldita su nobleza!

ALCALDE.

Yo sé que todo este daño
nace de la ventolera
de ustedes. El es honrado,

y esta señorita es buena;
 él ha adelantado en clase,
 y ustedes en la riqueza;
 con que vaya lo uno por lo otro:
 y ahora cada uno se meta
 en su casa, prevenidos,
 que si no tienen enmienda,
 sabrán, bien á su pesar,
 y de su vana soberbia,
 que tiene mas privilegios
 mi vara, que su nobleza.

JUAN.

¡Con permiso de los Guti-
 bambas y Muzibarrenas!

PANTALEON.

Pues mi bendicion, y con
 tu muger allá te avengas.

JUAN.

Y con ustedes tambien
 si me tratan con franqueza
 y amor, pues que yo los quiero
 como á mis padres; y en prueba
 hemos de dar, entre todos,
 un asalto á mi bodega.

UNOS.

¡Viva Juan Redondo!

OTROS.

¡Viva!

PANTALEON.

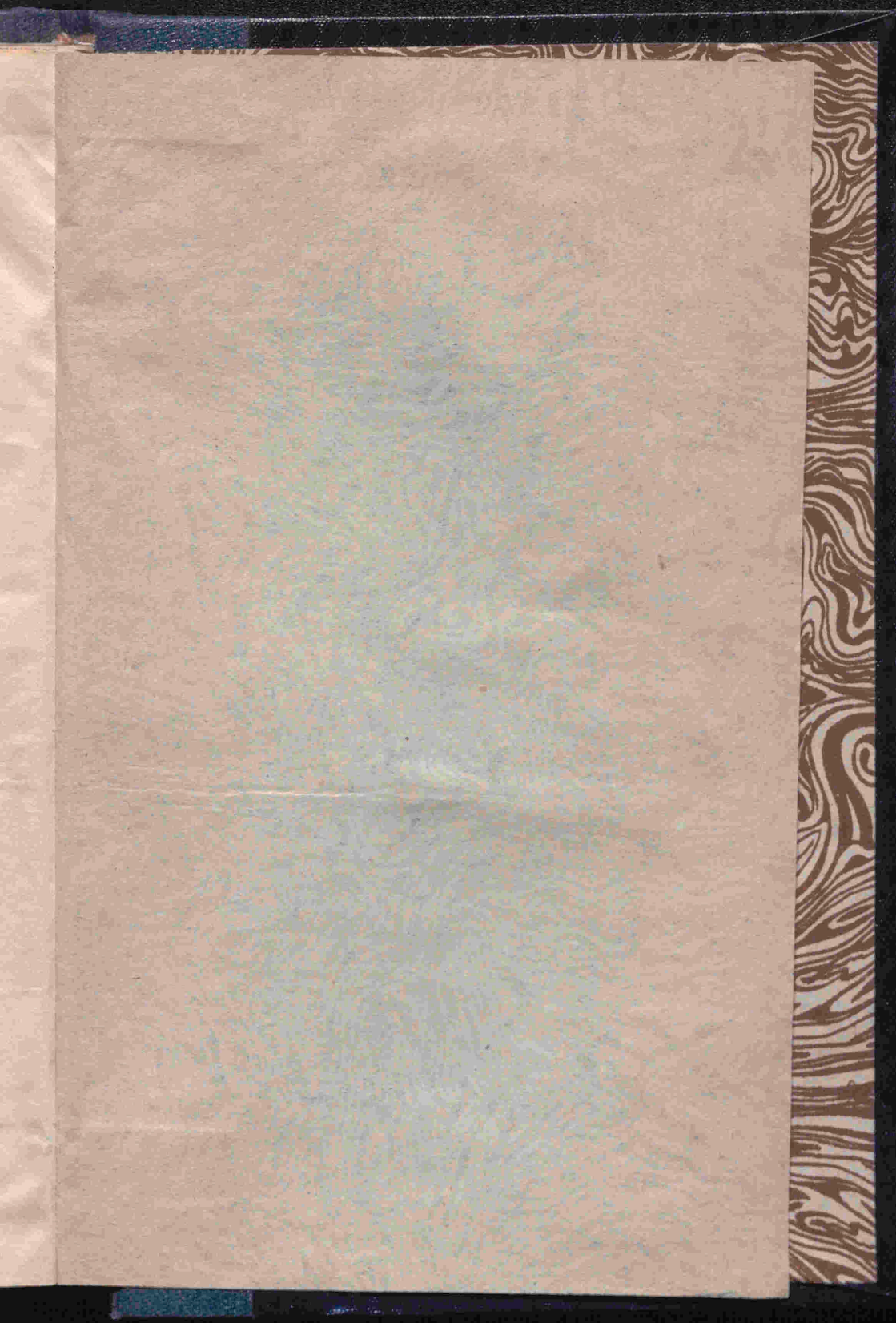
Y aquí concluye la idea,
 que se acaba, como siempre,
 por temor de ser molesta.

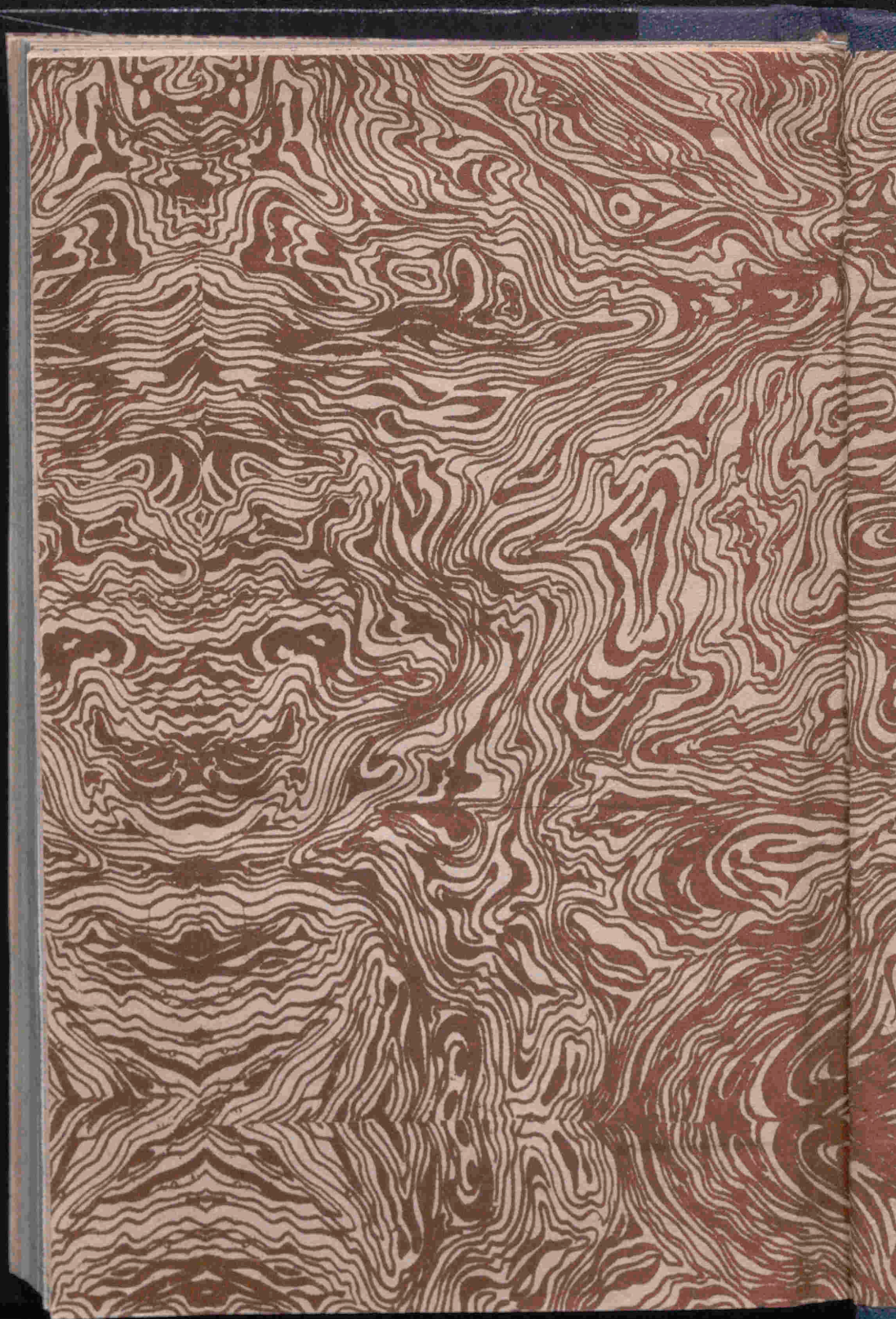
TODOS.

Suplicando al auditorio
 perdone las faltas nuestras.

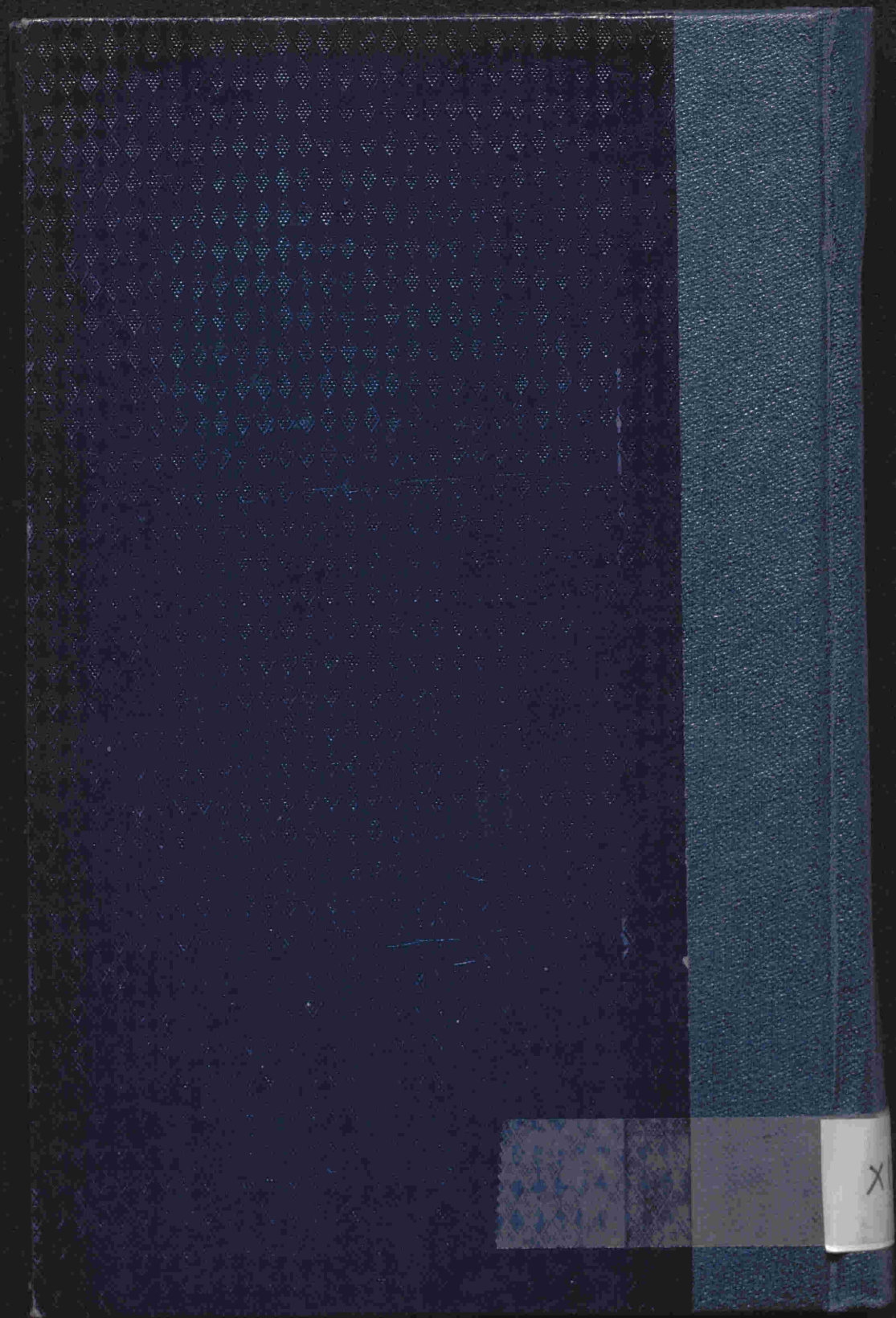
FIN.











CES-XIX

891
168

COMEDIAS ESPAÑOLAS DEL SIGLO XIX